

» corrupción que resista á su contacto : por eso no hay noticia de  
» que haya muerto por corrupción ninguna sociedad verdaderamen-  
» te católica. La virtud contradictoria de uno y de otro principio en  
» ninguna parte se echa mas de ver que en los institutos monásticos:  
» la fuerza corruptora del principio electivo es tan poderosa, que  
» aun en aquellas santas congregaciones introdujo cábalas é intrigas:  
» la virtud del principio religioso es tan soberana, que aun aquellos  
» institutos gobernados por el principio electivo se conservaron mas  
» puros y mas sanos que todas las sociedades civiles. Todos vosotros  
» habeis oido hablar de la corrupción monástica: todos vosotros la  
» habeis creido tal vez. Pues bien: sabed que la historia que os han  
» enseñado, es una conspiracion permanente contra la verdad, y  
» la santificacion de la calumnia. Sin duda, señores, los institutos  
» monásticos han tenido sus épocas de crecimientos y sus épocas  
» de decadencia, como todas las instituciones que tienen algo de  
» humanas: pero sabed que aun en sus épocas de decadencia po-  
» dian servir de modelo á las sociedades civiles mas esclarecidas y  
» excelentes.

» Esto supuesto, el gran problema de gobierno que los ministros  
» han debido resolver, es el siguiente: dar tales crecimientos al  
» principio religioso, que quede neutralizada la fuerza corruptora del  
» principio electivo. Problema es este, que no solo no ha sido resuel-  
» to, pero que ni ha sido planteado siquiera por los ministros de la  
» corona: digo mas: ahora mismo creo leer en su pensamiento: es-  
» toy seguro de que sino temieran interrumpirme, me preguntarian  
» todos á la vez: ¿qué tiene que ver la religion con las elecciones?  
» ¿Qué tiene que ver? Tiene que ver tanto, que las elecciones nos  
» matarán, si la religion no purifica las elecciones: tiene que ver tan-  
» to, que si dejan á un lado el principio religioso, no podrán ni ata-  
» jar ni curar la corrupción que engendra el principio electivo, sino  
» con el cauterio y con la sangre. No atribuyais, señores, á vano  
» antojo esto de traer la religion en todas las cuestiones políticas: no  
» soy yo el que la traigo; es ella la que se viene: no me acuseis  
» á mí; acusad mas bien á la naturaleza misma de las cosas. ¿Soy  
» yo por ventura la causa de que toda cuestion politica se resuelva,

» en último resultado, en este último dilema: la religion ó las revo-  
» luciones; el catolicismo ó la muerte?»

Señores, yo no necesito volver á decir, porque lo he dicho ya, que no creo que el ministerio es el único culpable de esta situacion. Esta es una situacion revolucionaria, que ha sobrevivido á la revo-  
lucion: el ministerio, sin embargo, es culpable hasta cierto punto, porque alienta esta corrupción con la impunidad en que deja á sus agentes; y ademas es culpable por su silencio. En España, en esta sociedad desventurada, porque desventurada debe llamarse despues del cuadro que acabo de describir, no solamente los sentimientos están corrompidos, sino que tambien están pervertidas las ideas.

Por decontado, señores, desde luego me atrevo á afirmar que en ninguna época de nuestra historia el nivel de las inteligencias ha estado en España mas bajo. Yo en mi discurso no puedo demostrar, porque es imposible, que son falsas todas las ideas capitales que dominan en este momento; pero desde luego me comprometo á demostrar, de palabra ó por escrito, ó de cualquier modo que sea, que la proposicion política que escojan mis adversarios como mas averiguada, como mas cierta, es una proposicion falsa de todo punto.

Un síntoma, señores, de que están pervertidas en una sociedad todas las ideas, es cuando todos los partidos, todas las escuelas políticas van á su perdicion por el mismo camino que ellos han abierto para salvarse.

«Pues eso, señores, es cabalmente lo que sucede entre nos-  
» otros: para demostraros esta verdad, os propondré, entre mil, dos  
» ejemplos.»

Todos los partidos alternativamente dominantes en España, han creido que eran necesarias grandes garantías contra los abusos del poder. De estas garantías, unas son vanas, y otras absurdas. Voy á hablar de una que es vana y absurda, y ademas contraproducente. Aquí se ha invocado constantemente el principio de responsabilidad ministerial: pues bien, ese principio que todos los partidos han proclamado en España, es la única causa de la arbitrariedad y de la tiranía ministerial de que los partidos se quejan. Hay una lógica

que hace que las consecuencias salgan de suyo y necesariamente de su principio, sin que nadie las proclame y sin que las saque nadie. Decidme, los que os quejais de la arbitrariedad ministerial, arbitrariedad que yo reconozco: ¿qué responderiais, sobre todo, los que os sentais en aquellos bancos, si yo fuera ministerio y os dijera: « Vosotros habeis proclamado el principio de la responsabilidad, y de hecho me declarais responsable de todo lo que pasa en el último ángulo de la monarquía. Pues bien, yo acepto vuestros principios; aceptad sus consecuencias. Sus consecuencias son las que siguen: A una responsabilidad universal corresponde un poder absoluto: porque poder absoluto y responsabilidad universal son cosas correlativas, forzosamente correlativas. Un poder absoluto, para que lo sea, es menester que sea un poder espedito; y para que sea espedito, es menester que no encuentre resistencias. Antes, señores, habia corporaciones unidas por el vínculo del amor; unidas por el vínculo de la religion: estas corporaciones oponian un dique á todo despotismo que quisiera levantarse en la nacion: esas corporaciones resistentes no son compatibles con mi responsabilidad, no son compatibles con la espedicion que necesito como ministerio responsable; dejadme acabar con ellas. El nombramiento de todos los empleados públicos es un instrumento gigantesco de corrupcion; pero no importa; si no nombro á todos los empleados, no puedo ser responsable: si exigís mi responsabilidad, dadme el nombramiento de todos los empleados. La vida local, la vida municipal, la vida provincial pueden ser cosas buenas y escelentes; pero si yo soy el responsable de todo, solo yo he de vivir para hacerlo yo todo. Por consiguiente, centralizacion y centralizacion apoplética, centralizacion absoluta. Todos los espedientes han de venir al Ministerio, todo el oro ha de venir al Tesoro público. Estas son consecuencias necesarias. Por consiguiente, si me acusais de arbitrariedad, yo os respondo que vosotros sois los que me habeis hecho arbitrario, imponiéndome una responsabilidad que supone en mí, y que me confiere un poder absoluto.»

Nada, señores, parece más facil, y nada es más difícil que proporcionar los medios á los fines. ¿Qué se quiere? ¿Se quiere que el

ministerio tenga un poder prudente, y nada más que prudente; limitado, y nada mas que limitado? Pues no declareis á los ministros responsables: pues qué; no han sido siempre responsables por las leyes del reino todos los ministros, sin necesidad de vuestras solemnes declaraciones? ¿Quereis más? ¿Quereis que los ministros, esos gigantes que os asustan, no sean más que pigmeos? Pues, señores; el remedio está en lamano; declaradlos inviolables. Desde el momento en que los declareis inviolables, no son nada, sino unas nulidades magnificas, sentadas en ese magnífico banco. —

«Vengamos al segundo ejemplo: el segundo ejemplo, le tomaré del periodismo. La libertad de imprenta ha sido proclamada, señores, para asegurar tres grandes principios; de los cuales el uno interesa á los individuos, y los otros dos á la sociedad: el que interesa á los individuos, consiste en el derecho que todo hombre tiene de comunicar á los otros lo que piensa: los otros dos consisten en el derecho que tiene la sociedad á que entren en liza y en discusion todos los pensamientos, todas las teorías, todos los sistemas; y en el derecho que esa misma sociedad tiene de que se dé publicidad á todo lo que interesa á los pueblos. El periodismo es la institucion consagrada á ser la garantía y la realizacion de aquel derecho individual y de estos derechos sociales. Pues bien, yo voy á demostraros, que esa institucion destruye todo lo que tiene encargo de conservar; que es un medio contradictorio con su fin; y que, para ser lógicos, ó habeis de renunciar á vuestros fines, ó habeis de renunciar á vuestros medios.

»En primer lugar, el periodismo ha hecho imposible en la práctica el derecho que todo español tiene de publicar sus pensamientos por medio de la prensa; y esto, señores, por medio de una combinacion verdaderamente diabólica: por una parte, matando á los libros; y por otra, sustrayendo los periódicos á la fortuna individual de todos los españoles, que no sean muy ricos. Hoy día, señores, un español que no sea millonario, no puede escribir un periódico, ni publicar un libro: para el periódico no tiene dinero; y para el libro no encuentra lectores. Resulta de aquí que hoy día, para publicar su pensamiento, los españoles necesitan tras-

»formarle de individual en colectivo : solo los partidos tienen libertad ; los españoles no la tienen. Ahora bien , señores , considerad una cosa : que eso será bueno ó malo ; pero malo ó bueno , no es lo que habeis querido vosotros , no es lo que ha querido el legislador , no es lo que ha querido la ley : ni la ley , ni el legislador ni vosotros conoceis á los partidos , sino á los españoles , considerados individualmente : la libertad que la Constitucion apetece , no es la de los partidos , á quienes no conoce , sino la de los ciudadanos : pues esta precisamente es la que el periodismo ha hecho de todo punto imposible.

»Vengamos al principio de la publicidad : en este punto , señores , la institucion del periodismo es tan absurda , considerada como el medio de alcanzar aquel fin , que su absurdidad salta á los ojos. Lejos de ser el periodismo un medio de revelar á todos lo que deben saber , es el medio más eficaz que han podido inventar los hombres para ocultar lo que todo el mundo debe saber , y lo que todo el mundo sabe. Esta , señores , es una cuestion de buen sentido y de buena fé : yo apelo á vuestra buena fé y á vuestro buen sentido , y os conjuro á que me digais si no es cierto que el único medio que teneis de saber la verdad , es echaros á la calle para preguntarla á vuestros amigos y conocidos ; y si el único medio que teneis de ignorarla , no es leer los periódicos. — Hay más , señores : existe en la sociedad una gran institucion consagrada á transmitir de un lugar á otro lugar , de una persona á otra persona un secreto inviolable : esta institucion es la de la correspondencia privada. Pues bien , señores : admirad conmigo un contraste sorprendente : la institucion que han inventado los hombres en el interés de la publicidad para hablar de las cosas públicas , es cabalmente la que sirve para revelar todos los secretos domésticos ; y la que han inventado para transmitir los secretos domésticos , es la única que sirve para ponernos al corriente de las cosas públicas , ¿ Quereis saber lo que pasa en París ? Pues teneis que leer las cartas particulares que de allí vienen. ¿ Quieren , en cambio , saber en las provincias lo que pasa en lo íntimo de nuestros hogares ? Pues que cojan uno de nuestros periódicos , que lean la

»*gaceta de la capital* , y ya saben de nuestras propias casas tanto como nosotros mismos. . . . Señores : yo me pregunto , y os pregunto á vosotros ¿ á donde va la sociedad , á donde va el género humano , que así ha confundido todas las nociones , y así ha cambiado todos los freños ? »

»Por último , el periodismo se ha inventado en un interés de discusion : pues bien , señores : nada hay más fácil de demostrar sino que el periodismo y la discusion son cosas incompatibles : y digo que son incompatibles , porque á nadie puede parecerle verdadera discusion la que entablan diariamente entre sí algunas docenas de periodistas. La discusion , para que sea provechosa , ha de existir en mayor escala , y ha de alcanzar más grandes proporciones ; se ha de transmitir de los que escriben á los que leen ; importa poco que discutan los que escriben , sino discuten al mismo tiempo sus lectores. Ahora bien , señores ¿ qué es lo que sucede con el periodismo ? — Sucede que cada uno lee el periódico de sus opiniones ; es decir , que cada español se entretiene en hablar consigo propio. La discusion perpétua es un perpétuo diálogo ; y el periodismo , consagrado á mantener perpétuamente vivo ese diálogo en la sociedad , da precisamente por resultado un monólogo perpétuo. ¿ Quereis saber lo que es un periódico ? Pues un periódico es la voz de un partido , que está siempre diciendose á sí mismo : santo , santo , santo . »

Ya lo veis , señores : todo lo que teneis por mentira , es verdad : todo lo que teneis por verdad , es mentira. Ved si tengo razon , cuando os digo que nuestra inteligencia está tan depravada como nuestro corazon , y nuestras ideas tan corrompidas como nuestros sentimientos.

Señores : la anatomía que he hecho de estos principios , pudiera hacerla de todos : todos son falsos ; científicamente absurdos. El deber de los gobiernos , cuando ven el absurdo , es combatirlo como puedan.

Ahora , despues de haber argumentado yo en nombre del gobierno contra sus adversarios , argumento en nombre mio propio contra el gobierno , y le digo : « Tú has tenido razon en medir por

tu responsabilidad tu poder. Pero yo vengo ahora á medir tu responsabilidad por tu omnipotencia. Puesto que lo puedes todo, respóndeme de todo. La reina oye tus consejos y los sigue; los electores acogen tus candidatos y te los envían; las Córtes acogen tus proyectos y los aprueban; en España nadie enseña una idea si no tiene el título de maestro; y nadie tiene ese título si no se le das tú. Respóndeme de los malos sentimientos, respóndeme de las ideas corruptoras: que nada hay mas puesto en razon, sino que tu responsabilidad iguale á tu omnipotencia.»

Dos palabras sobre el sistema financiero de los ministros. Señores: en estas cuestiones nadie pone sino lo que tiene; nadie tiene sino lo que Dios le dá: á otros Dios les ha dado ciencia, y han puesto aquí su ciencia: yo lo que puedo poner, es una sola palabra, un poco de claridad, y un grano de buen sentido. Yo concibo, vistas las esplicaciones que han mediado, dos grandes sistemas financieros. Hay hombres que, puestos los ojos en nuestras antiguas glorias, en nuestro antiguo poderío, y viendo con vergüenza y hasta con indignacion el estado postrado y abatido que presentamos, esclaman: «Es necesario volver á esa gloria, á ese poder; y para eso es necesario gastar mucho, y debemos gastar mucho: que cuando gastemos mucho, seremos ricos; porque á la riqueza se va tambien por el camino de la gloria.» Hay otros que, poniendo los ojos en el sufrimiento del pueblo, y yendo de casa en casa á presenciar la miseria de los desgraciados contribuyentes, olvidando todo lo demas, dicen: «Somos pobres, muy pobres: son necesarias economías.» Estos son los dos puntos de partida de los dos grandes sistemas que han combatido aquí el uno contra el otro. ¿Cuál de estos dos sistemas es el sistema del ministerio? Los dos y ninguno. ¿Se levantan aquí los amigos de las economías, pidiéndolas para el pueblo? Pues bien: luego al punto el gobierno se levanta contestando: «¿Pues quién hace mas economías que yo? Ahí teneis 40 millones de economías.»

¿Se levantan los que solo miran á las glorias nacionales y al poder nacional; los que creen que se debe gastar mucho? Luego al punto el ministerio se levanta á su vez, y dice: «Pues si

cabalmente ese es mi fuerte; ahí teneis 300 millones de déficit.»

Así, Señores, este ministerio fluctúa entre inclinaciones diversas; este ministerio es como la péndola del reloj, que oscila, pero no anda. ¿Y qué diré del tino que el ministerio tiene en esto de gastar y en esto de ahorrar? Para pintar su tino, debo decir lo que se ha dicho ya, pero que es necesario repetir, porque es la verdad. ¿Qué se ha de decir de un gobierno que cree que debe gastar en un teatro, y que cree que debe ahorrar en lo que se debe al culto y al clero? ¡Al culto y al clero, señores! Por cuanto hay en el mundo, no hubiera querido ser yo el hombre que hubiera firmado esa economía, que hubiera sancionado esa rebaja. El clero, que se muere de hambre: el culto, que está sin esplendor; los seminarios, que no están nacidos siquiera: los templos, que se arruinan; ¿qué es esto? ¿en dónde estamos, señores?

Se estrañará tal vez que vuelva á hablar del teatro; se estrañará, y se estraña hasta con razon, que este nombre venga tan á menudo á los lábios de los diputados. Los mismos que lo pronuncian, no saben quizá por qué: yo lo sé, y voy á decirlo. Se pronuncia tanto la palabra teatro, señores, porque el teatro que el ministerio ha levantado, y la situacion á que el ministerio nos ha traído, son una misma cosa; porque no puede hablarse del teatro sin pensar en la situacion, ni hablarse de la situacion sin pensar en el teatro. Y esto tambien tiene una esplicacion, y una esplicacion que convencerá á todos los que me escuchan. Señores, no hay período histórico ninguno, que no esté, digámoslo así, simbolizado en un monumento. Si no temiera engolfarme en tiempos antiguos, recordaria aquí la historia de muchos imperios, y probaria esto, señores, como la luz del medio dia. Pero me basta solo hablar de nuestra España, y recordar aquí la dinastía austriaca, de que hablé al principiar mi discurso. ¿Cuál es el primer periodo de esta dinastía? En el primer periodo, la monarquía lo eclipsa todo, y hasta el principio religioso, á pesar de que era tan poderoso en aquel tiempo en España. ¿Y cuál seria el monumento que simbolizara mas esa situacion? Ciertamente, señores, que seria un palacio. — En el periodo de los Felipes, en ese periodo en que el fundamento del

principio religioso se eleva hasta sobre el principio monárquico, con ser tan poderoso en España ese principio, ¿cómo se simbolizaría el pensamiento dominante de la monarquía española? Se simbolizaría en un convento. —¿Cómo se simbolizaría esta misma monarquía, en tiempo de Carlos II? ¿qué era el Trono? ¿qué era España? un sepulcro.—Pues bien, señores, todas estas tres cosas están simbolizadas en el Escorial; el Escorial es, á un tiempo mismo, un palacio, un sepulcro y un convento. El Escorial es la historia, escrita con piedra de granito, de la monarquía austriaca.

Pues bien, nuestra historia actual, nuestra situación actual están simbolizadas en el teatro de Oriente: en ese monumento elevado solo para los goces materiales.

Señores: yo quiero suponer por un momento que el gobierno es tan dichoso como lo apetece, y como apetezco yo mismo, en todas sus empresas; yo supongo que el gobierno ha levantado esta nación ya al poder y la gloria que tanto le sonríe; yo le doy todo lo que ambiciona para España; yo supongo que tiene todos los ejércitos del autócrata de las Rusias y todas las escuadras de la Gran-Bretaña; yo le doy además, para mantener tan alto nombre y tan alta gloria y tan grandes escuadras y tan poderosos ejércitos, todo el oro que crían las arenas del Perú y las de las Californias. Pues bien, señores: después de tener todo eso, todavía yo afirmo y aseguro que todo su poder vendrá al suelo estrepitosamente, si esta nación sigue corrompida en sus sentimientos y pervertida en sus ideas; todavía digo que esta sociedad tan opulenta, tan esplendorosa, tan grande, será entregada al esterminio: que nunca han faltado, para los pueblos corrompidos, ángeles esterminadores.

Señores, no hay que hacernos ilusiones; el porvenir es triste, y hasta cierto punto pavoroso; yo puedo, sin estar dotado de espíritu de profecía, haceros ver vuestro porvenir en una historia pasada.

Hubo un rey en una nación que, no sé si para nuestra fortuna ó para nuestro escarmiento, Dios ha hecho nuestra vecina. Ese buen rey era, señores, por su prudencia y su sabiduría, como el Ulises de las dinastías europeas. El mundo, en una edad mas sencilla, mas

dichosa, le hubiera llamado Luis Felipe el Bueno, el Pacífico, el Clemente. Los hombres de la Francia, poniendo en él sus propios vicios, le llamaron el egoísta, el avaro. Ese rey subió al poder por una grande revolución, que habia venido detrás de otras muchas revoluciones y trastornos, que habian conmovido toda aquella sociedad hondamente, y habian pervertido sus sentimientos, sus ideas y sus costumbres. Sintióse flaco, porque no era legítimo, para poner un dique á esta corrupcion universal, y para levantar un muro contra aquel diluvio de errores, acometió empresas que le parecieron mas fáciles. La empresa que acometió, fué la de restablecer el orden material, y la de dar impulso á los intereses materiales. Ningun príncipe, señores, ha sido mas dichoso en sus empresas: á los pocos años, era rey pacífico de Francia, sin que turbase su sueño el mas imperceptible rumor de las pasadas y ya vencidas insurrecciones. Pocos años después, el comercio, la industria, todos los intereses materiales tuvieron crecimientos inauditos. Entretanto, señores, su gobierno era un gobierno que tenia toda la confianza de la corona, que tenia la adhesion de los electores, tenia el apoyo de las cámaras, tenia la obediencia de la fuerza pública, tenía, por fin, la simpatía y la amistad de todos los gabinetes de Europa.

Pero, señores, al propio tiempo que todas estas cosas pasaban en el orden material, paralelamente á este movimiento iba creciendo, levantándose, difundándose por todas partes el desorden moral, la corrupcion que todo lo disuelve, y el error que todo lo envenena. Un día hubo en que estas dos fuerzas contrarias llegaron á la vez á su apogeo. Entonces, señores, se planteó por sí misma, sin que la planteara nadie como la planteo yo aquí, se planteó, digo, por sí misma esa gran cuestion, siempre antigua, y siempre nueva, que consiste en averiguar si la sociedad está más segura y más fuerte cuando se apoya en el orden material ó en el orden moral, en la virtud ó en la industria. La Francia, señores, en mala hora, resolvió este problema en el sentido de la industria y en el sentido del orden en las calles: cada paso que daba en esta senda, era un paso que daba lejos de su Dios; y cada paso que daba lejos de